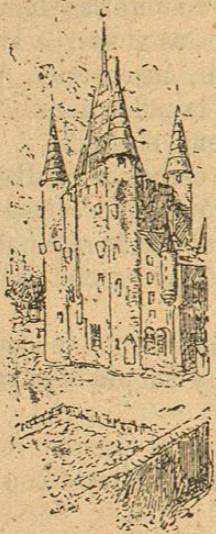


Las sociedades mueren por cosas monstruosas. La Edad Media muere por un Gilles de Retz, el célebre asesino de niños: el antiguo régimen por Sade, el apóstol de los asesinatos.

Terrible situación de una república naciente que en el inmenso caos del mundo estaba suspendida por estos espantosos reptiles.



LIBRO XVI

CAPITULO PRIMERO

Disentimiento de Robespierre y Saint-Just (10 Abril)

La depuración por la dictadura.—Saint-Just quiere emplear el Terror.—Decreto mixto del 16 de Abril.—Soledad de Saint-Just.

Al describirse el fondo inmoral de los acontecimientos, de la situación, del estado de la sociedad, juntáronse en torno de Saint-Just muchas fuerzas que confiaban en sus dotes de energía para la depuración.

Saint-Just creyó que Robespierre era el hombre necesario. Veía en él al único hombre de la Revolución que la había vivido durante cinco años que parecían cinco siglos. Saint-Just encontró á la nación muy separada del ideal republicano y la juzgó incapaz de gobernarse ella por sí mismo, y por lo tanto se aterró á la idea de un dictador moral. Un solo hombre era capaz de desempeñar este papel, y este hombre era Robespierre.

Ahora quizás se suponga que entre ellos había unidad de criterio, y nada es más inexacto.

Aunque Saint-Just perteneciera por el corazón y por las ideas á

Robespierre, la fuerza de los acontecimientos separábanle de él á pesar suyo.

Ya en el asunto Danton, su conducta fué contraria.

Saint-Just mató á Danton porque sólo él tenía el convencimiento del acto que se realizaba. Robespierre no hubiera tenido valor para llevarlo á la guillotina por la fuerza, sin la voluntad directorial, acerada de Saint-Just.

En el momento en que la ley escrita reclamaba el apoyo de los comités, ¿quién hizo callar á la ley? ¿Quién se colocó en su puesto? ¿Quién hizo en aquel momento la ley y la dictadura?

Robespierre, al contrario, parecía alejarse del Terror, al revés de Saint-Just.

Robespierre tenía buen cuidado de decir cien veces que otro fué quien concibió la primera idea de la muerte de Danton, y que, ante esta idea, él retrocedió horrorizado, condenando el proyecto. No podía pedir ni aprobar la muerte de un compañero de tantos años. La responsabilidad entera del acto cayó sobre Saint-Just. Este reconoce la gravedad del suceso, y en sus notas, redactadas frecuentemente en estilo fúnebre, señala ya su camino de expiación.

Cometió el enorme delito de hacer que la República pasara sobre el cuerpo de su padre.

Más que Robespierre, Saint-Just necesitaba marchar adelante por exigencia de sus propios actos. Si no hacía grandes cosas para justificar que Danton era el obstáculo, la opinión le señalaría como asesino de Danton.

Saint-Just había consultado hasta entonces el oráculo de la muerte. Ya hemos hablado de las extravagancias de su juventud como poseyendo una imaginación lúbrica. Supo refugiarse en una sala tapizada de negro, adornada con las calaveras que representaban los grandes hombres de la antigüedad. Allí se le ocurrió sin duda su frase más grande: «El mundo ha quedado vacío después de los romanos.»

Casi nos hace creer, á quienes conocemos profundamente al hombre, que Saint-Just, efectivamente, consultaba á los muertos en los cementerios, quizás á sus propias víctimas.

¿Qué le dirían los cementerios de Monceaux y de la Magdalena? ¿Qué le diría el rey? «Que jamás había paz entre el antiguo y el nuevo mundo.» ¿Y los girondinos? ¿Y los dantonistas? Lo que él mismo decía: «Los que hacen á medias las revoluciones se construyen su propia tumba.» Reconstituyamos los hechos. He aquí su doctrina moral:

«Es necesario exterminar el viejo mundo, pero por un procedimiento más definitivo que la muerte. La muerte lo rehabilita. Es preciso exterminarlo por medio de la vergüenza, de la afrenta. El contrarrevolucionario, el inmoral deben formar un pueblo aparte, un pueblo ilota. Los privilegiados, nobles y curas serán galeotes de derecho.»

Este privilegio de envejecimiento contra los hasta entonces privilegiados, esta creación de un infierno social, condenación ostensible de los enemigos de la igualdad era tan terrible que dejaba por inútil la guillotina, el Terror, procedimientos propios para glorificar á los aristócratas, para convertir en mártires á los bribones y á los Dubarrey.

La cuestión era saber si la opinión admitía estos procedimientos, si estas clases respetadas serían humilladas, anuladas; si la piedad obraría, si los oprimidos de ayer no se enternecían ante el dolor de sus propios opresores.

Cuando el soñador llevó su idea al comité de salud pública, con la seguridad del sonámbulo que camina con los ojos cerrados, observó los efectos. Ni una sola voz se levantó en pro.

¿Comunicó su proyecto á Robespierre? No lo creo. Sus ideas visiblemente eran ya contrarias á las de éste.

Saint-Just partía de Licurgo. Robespierre de Juan Jacobo Rousseau. Saint-Just creía que la Revolución perecería sino procedía á su depuración radical, al aniquilamiento de sus enemigos, aniquilamiento *moral* del alma. Robespierre pensaba en la discusión de los enemigos. Su discípulo proscribía á los curas. El quería asegurarlos, salvarlos, no solamente inspirado en la fiesta de su Ser Supremo, sino en otros medios más directos, de los que ya hablaremos.

Otra diferencia. Saint-Just proscribía á los nobles todo privilegio. Robespierre pidió ciertas excepciones. Revelando tímidamente sus secretas ideas de indulgencia no pretendía otra cosa que modificar su línea de inmutable severidad. Creía poder levantar el altar sin destruir el patíbulo.

El hombre, por la lógica del corazón, creyó que el creador de la vida es el conservador y que Dios significa clemencia.

Los comités, aunque adivinasen que Robespierre no podía sostenerse en esta pendiente, comprendiendo que un día Robespierre podría conciliarse con la opinión, prefirieron hacer su causa y combatir á Saint-Just.

Adivinaban en éste algo secreto más terrible, una tiranía fanática, condenable. Lo detuvieron apenas pronunció la primera palabra, sintiéndose fuertes con el apoyo de Robespierre.

Inmediatamente quitaron del decreto el nombre de los curas. Quedaron solo los nobles.

Saint-Just hubiera querido el destierro absoluto de los extranjeros. El decreto quedó limitado en esta forma: «Los nobles y los extranjeros no habitarán en París ni en las plazas de la frontera.»

Durante toda la noche se disputa, se añade, se corta y se cose el decreto. Saint-Just pierde la paciencia, lo abandona todo y dice marchándose: «Mal modo adoptáis vosotros para combatir al enemigo. La contrarrevolución lo destruirá todo.»

Al día siguiente, sin duda encontrándose ausente Saint-Just, se

añadió un artículo nuevo. El único que parece conservar todo el carácter de Saint-Just es el siguiente: «Se codificarán las leyes, se creará una institución que velará por las buenas costumbres y la libertad.»

Fácilmente adivinábase á los autores de los demás artículos (Robespierre): Los conspiradores no serán en adelante juzgados en



JOURDAN

París. (Billaud): Cuantos se quejen ante estas resoluciones serán condenados á la Guyana. (Lindet): Se estimulará por medio de recompensas á la industria, al comercio, protegiendo los transportes, etcétera, etc. Se observa por este último artículo el camino que en los ánimos había hecho el decreto de Saint-Just, asumiendo todo el período histórico entre Dracón y Colbet. Saint-Just detestaba el comercio y lo proscribía, sosteniendo que ningún pueblo es bueno si no es agrícola; que las manos del hombre se han hecho para labrar la tierra y empuñar las armas.

Este decreto fué una especie de monstruo, en el que existían gérmenes de todos los espíritus más hostiles. Tan extraña confusión solo puede atribuirse á la precipitación, al desorden con que se discutía, de suerte que sólo aparecía de un modo elocuente la demostración de inconciliables discordias.

Esto parecía como una acusación, una amarga sátira contra el gobierno colectivo que reclamaba la creación de la dictadura. Esta elevaba la figura de Robespierre y destruía las utopías de Saint-Just.

Uno quiso avanzar, penetrar en los mundos desconocidos, y otro quiso limitarlos.

Saint-Just, aunque descorazonado, no renunció á presentar este extraño producto á la Convención.

No se abstuvo de denunciar la discordia interior del comité, la del triunvirato, asestando un golpe gravísimo contra la autoridad gubernamental. Era esto la entrada en campaña. Numerosos ejércitos aliados se dibujaban en el horizonte. Saint-Just, con verdadera grandeza, cubrió toda la situación. A la cabeza de este decreto, como insignia de su poder, leyó un vastísimo informe en el que vació su espíritu.

Algo se encuentra en este informe que nada tiene de robespierrista: un elogio á Marat. Saint-Just no ignoraba que Robespierre, antipático á este recuerdo, celoso de este Dios, miraba todo elogio como un acto de hostilidad. Lo que hizo Fabre de Eglantine antes de su arresto contribuyó á que Robespierre lo considerase como implacable enemigo.

No había hecho otra cosa que significar sus deseos de emancipación. Políticamente afecto á Robespierre y queriéndolo por dictador, comprendía que solo Saint-Just podía serlo.

Solo en la Convención, vióse no menos sólo en el comité de Salud pública. Su soledad interior, su estado de abstracción que lo tenía á mil años más allá de su época, hacíanle el presente más intolerable. La sala de los muertos seguía como ideal favorito. No vivía voluntariamente más que entre los grandes ejércitos, y aun así teniendo á distancia á los generales, aborreciendo por anticipado el advenimiento del poder militar, la brutalidad del sable. Eliminó en el ejército la intrusión de las prostitutas. Un soldado que quiso conservar á su querida lo fusiló.

A través de este extraño papel de dictador del ejército no dejaba de escribir sus impresiones. Parecía que daba órdenes de muerte á cada instante.

Estos escritos no eran otra cosa que sueños filantrópicos, ideas para la República del porvenir, á donde le llevaban sus esperanzas, las leyes de un país agrícola regenerando la igualdad y la virtud.

¡Cosa extraña! El proscrito y el proscriptor, Condorcet y Saint-Just, escribían al mismo tiempo, uno en su habitación y otro al frente de los ejércitos. Los dos escribían ensueños, diversos, sí, pero siempre

en el fondo impregnados de amor sincero, acendrado y profundo á la humanidad.

Estas notas de Saint-Just que una mano piadosa ha querido ordenar para formar un libro, parecen revelar noches de tético, de fúnebre estudio en los cementerios de Monceau y la Magdalena.

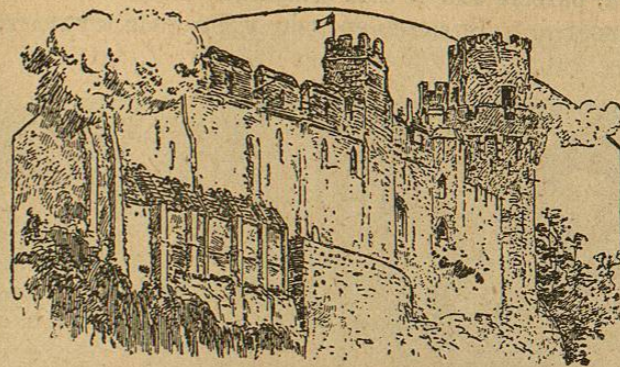
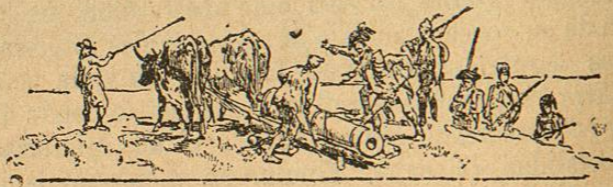
Saint-Just fué terrible en su tiempo porque amaba el porvenir. Su sociedad le era odiosa y antipática, porque á través de ella misma observaba su perfeccionamiento para lo futuro.

Guardián certero de la Revolución, de la que debía responder ante las generaciones futuras, parece domiciliarse en una isla escarpada y salvaje.

Todos traicionan á este Licurgo, hasta el espíritu mismo de su época. El comité, Barere, Couthon, todos le traicionan. Saint-Just parte para ponerse al frente del ejército y Robespierre excluye á los nobles del famoso decreto.

Lebas, el hombre de Robespierre en misión con Saint-Just mismo y viajando con él, hácese entregar con frecuencia los registros de los comités revolucionarios y arranca las denuncias presentadas contra los curas. Estas hojas arrancadas aún las posee la familia de Lebas.

Llamado por Robespierre para asistir á la fiesta del Ser Supremo, Saint-Just no acude á la petición de su maestro.



CAPITULO II

Los robespierristas precipitan á su jefe hacia el poder (Abril-Mayo del 94.)

Todos los poderes en manos de Robespierre.—Oposición contra él.—Discurso de la fiesta del Ser Supremo (7 de Mayo).—Se niega á ayudar á Polonia.

«¿Ese dictador, ese censor, ese gran juez que queréis elevar al poder más elevado que haya ocupado ningún hombre, podrá descender libremente? Un partido lo eleva por propio interés del partido. ¿Este partido cubierto de la sangre más querida de la República puede creer que el dictador se inspirará en las ideas del bien y del respeto? Dueño una vez y reinando bajo la filosofía utopista ¿encadenará para siempre á la nación á la dictadura, se erigirá rey en nombre de la Salud pública?»

Así pensaban la mayoría de los republicanos, no sólo los que temían algo de Robespierre, los Fouché, los Tallien, los Thermidorianos, si no los más honrados montañeses, los Romme, los Soubray, los Manse, etc., irreprochables ciudadanos que lejos de ceder á la reacción combatíanla á precio de su sangre. Estos no apoyaron á Robespierre, convencidos como estaban de que su triunfo era solo el de un partido, menos aún, el de una pequeña Convención.

Aún entre los Thermidorianos, muchos de aquellos que una ciega sensibilidad condujo muy lejos en el camino de la seducción, que se mostraron violentos, imprudentes, inconsecuentes, Lecointre, por ejemplo, no fueron menos desinteresados en su odio contra Robespierre. Aborrecieron en él la naciente dictadura.

Resultará extraño decirlo, pero quien lo combatió con energía comunicando á los débiles su entusiasmo y su valor, la fe en su audacia, fué Lecointre, en Versalles. Era un buen hombre, algo loco, excesivamente colérico. Nacido con figura grotesca, con una fisonomía atrayente